

Dos libros de David Slodky

Elda Mariana Campos*

Universidad Nacional de Salta
Salta, Argentina
eldamariana@gmail.com

Entre las coserías de la literatura que contribuyen al dispositivo de su autoorganización, metatextos tales como los prefacios, los prólogos, las reseñas y las presentaciones funcionan en las fronteras literarias tanto para reivindicar los textos salvándolos del mecanismo de las exclusiones como para asignarles una jerarquía en el conjunto de los incluidos. Esta zona de prácticas discursivas literarias que vuelven sobre la literatura misma trabaja, en el caso de los textos seleccionados por la cultura, en razón de sus capacidades estandarizadoras y a la vez generadoras, lo que ocurre con los recién llegados publicados por David Slodky.

Las fronteras incluye la "Glosa para «Las fronteras»" de Jacobo Regen, su editor junto a Silvana Crivelli, y la reseña de Raúl Aráoz Anzoátegui, a los que se agrega, en esta segunda edición, el prefacio de su autor. Dos reseñas periodísticas le dieron la bienvenida a su llegada, las publicadas por Ramiro Peñalba en noviembre del mismo año en *El Tribuno* y por J.A.B. en mayo del año siguiente en *La voz del interior*. *Parpadeos* llegó al mundo con un prólogo de Liliana Massara y su reedición de *Resplandores* y *parpadeos* se enriquece con el del libro, a cargo de Gloria Quispe, y con otro

particular, de Patricia Nasello. De modo que ambos, más que recién llegados, son en realidad y allegados hace bastante y sus lectores expertos, de poetas a académicos, los han situado en la cima axiológica de la literatura.

Percatada, entonces, de que constituyen viejas novedades, me pregunto cómo encarar esta reseña, un texto que suele recibir a los nuevos pero que, en este caso, celebra la vuelta de los viejos e insoslayablemente dialoga con sus congéneres en tanto especies laterales de la crítica. Me digo, entonces, que, para evaluar las nuevas funciones de estas viejas formas literarias, tengo que considerar las series en que se inscribieron antes y ahora se inscriben.

Una reedición nunca obedece a la mera reposición de libros faltantes –aunque efectivamente se hayan agotado los 1000 ejemplares de la primera edición de *Las fronteras* y la tirada completa de *Parpadeos*– sino que constituye siempre evidencia de una política autorial y/o



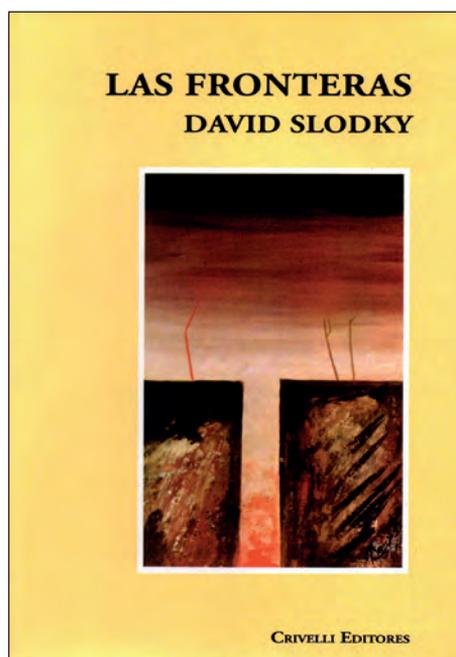
David Slodky

* Elda Mariana Campos es Profesora en Letras y Magister en Estudios Literarios, egresada de la Universidad Nacional de Salta. Ejerce la docencia en instituciones de nivel terciario y universitario, docente capacitador de la provincia de Salta, participa en proyectos de investigación, autora de artículos de investigación lingüísticos- literarios.

editorial de intervención activa en la serie literaria. De modo que estamos ante una clara hipertextualidad que instala en lo actual una escritura previa.

El texto en segundo grado o derivado de uno preexistente guarda, en su recien-tismo, al anterior. El hipotexto vuelve a re-surgir en el hipertexto, el cual no lo oculta completamente sino que lo deja ver tal como ocurre en los palimpsestos. Perseguir en el nuevo el viejo texto o sospechar en el viejo el nuevo texto es el juego que jugamos todos los lectores especializados, debido a que en tal especularidad y enantiomorfismo, en la condición de ser iguales pero distintos a lo establecido, se esconde el botín del sentido.

Siempre hemos pensado estas relaciones transtextuales en la distancia que separa los textos más longevos de sus reescrituras. Yo misma he leído las superposiciones entre La Odisea de Homero (texto griego del siglo -VIII) y el Ulises de Joyce (inglés del XX), entre "Amor constante más allá de la muerte" de Quevedo (1648) y "Muerte constante más allá del amor" de García Márquez (1972), o entre "A un sueño" de Góngora (1584) y "El crimen del diputado Estigmetti" de Blaisten (1995) (españoles del XVI o XVII, colombiano y argentino del XX). Tales indagaciones resultaban trazados iso-alotextuales entre producciones generadas en espacio-tiempos muy lejanos, en el seno de culturas muy diferentes. Ahora me propongo las mismas indagaciones pero para revisar vinculaciones hipertextuales entre las producciones de David Slodky, bastante cercanas en el tiempo largo del proceso literario argentino: entre Las fronteras (1992) y Las fronteras (2019), entre Parpadeos (2012) y Resplandores y parpadeos (2019).



Slodky, David (2019) Las fronteras. Salta: Crivelli Editores.

Me pregunto si en la materialidad de estos textos se hallan las huellas del tiempo que los separa, si las transformaciones se habrán explicitado o simplemente ocurrieron pero quedaron subyacentes a las superficies textuales. En el caso de Las fronteras, el prefacio del propio Slodky me responde: "Como homenaje y agradecimiento a este sublime poeta y amigo que acaba de partir [Jacobo Regen], reedito el libro que nació bajo su amoroso cuidado, en la misma editorial y tal como fue publicado originalmente, unos cuantos años después". Así que la reedición de Las fronteras, salvo el nuevo prefacio, casi es una edición facsimilar de la primera, un retorno insistente de lo mismo, una repetición sin cambio alguno que, sin embargo, adquiere el valor de una novedad en el contexto presente puesto que conserva su fuerza disruptiva. Al contrario, en Resplandores y

parpadeos, ya el título exhibe la diferencia: al viejo Parpadeos, Slodky le ha adicionado posteriormente un texto que publica en posición anterior, Resplandores, transformación que opera para generar nuevos sentidos.

La cuestión es compleja: los y allegados en instancias previas de temporalidades distintas –1992, 2012– se proponen como recién llegados ahora –2019–, que no disimulan su pasado e intervienen en el debate literario presente. Para afrontar esta inteligibilidad desafiante, necesitamos concebir los textos en sus contextos de pertenencia, establecer filiaciones y rupturas, reconocer cercanías y diferencias.

La crítica de los últimos años sobre literatura argentina contemporánea nos proporciona algunas categorías de análisis: una periodización por décadas jalonada por hitos históricos que sostiene fundamentalmente la determinación de la serie literaria y cultural por la práctica socio-política. Según esta perspectiva, las transformaciones literarias se correlacionan con los cambios de orden social, político y económico, a tal punto que puede distinguirse la literatura de la década del noventa de la nueva literatura configurada entre 2004 y 2014.

Los años '90 se delimitan claramente: inician con la caída del muro de Berlín y el fin temprano del gobierno de Ricardo Alfonsín (1989); cierran con el ataque a las Torres Gemelas y con la crisis argentina (setiembre y diciembre de 2001 respectivamente). Entre estos hitos, se desarrolla la política neoliberal del menemismo cuya contrapartida literaria se caracteriza por el aislamiento del sujeto, el repliegue en lo familiar-privado, la despolitización y la desesperanza. Los reseñadores de Las



Slodky, David (2019) Resplandores y parpadeos. Morón: Macedonia Ediciones

fronteras marcan algunos de estos rasgos: “No es fácil mantener el equilibrio que consigue [el autor] entre el sinceramiento que le era necesario (y que es la base de su escritura) para hacer de su arte un fenómeno convincente, creíble, y el desborde que esta misma actitud provoca o es provocado por aquellos otros escritores que rebasan la marca de esa nueva realidad social y que solo logran ribetear el escándalo o el desenfreno...” (Peñalba), “...los cinco relatos que siguen, el corpus central, oscilan entre la fuerza narrativa de la nostalgia, la aparición de momentos ínfimos de felicidad en el fluir de la vida y el surgimiento de lo desconcertante y hasta lo siniestro en el momento menos esperado...” (J.A.B.). Sin embargo, me parece que el texto no se ajusta plenamente a estos parámetros y quizá su reedición tenga sentido por eso mismo, porque en su sujeto relacional y su

politización, aunque en el fondo de su desencanto, niega la concepción lineal evolutiva de la vinculación entre la literatura y su presente.

La nueva literatura argentina, correlato de la década kirchnerista, se funda en otros rasgos distintivos: suele originarse en blogs y luego publicarse en libros, trabaja en la frontera testimonio-ficción, especialmente en las obras sobre la última dictadura militar, a partir de un giro autobiográfico o subjetivo de un sujeto que de todos modos está involucrado en lo social-público y se ha politizado. Parpadeos se inscribiría en este proyecto, si atendemos a sus prologuistas: "...explora problemáticas del presente y las vuelve materia de su escritura. La violencia y las relaciones humanas atraviesan sus microtextos... «1976», texto anclado en la historia social y política de la Argentina..." (Quispe), "...su intención: el carácter de denuncia social que tiene todo su extraordinario trabajo ... un libro de microrrelatos enteramente dedicado a señalar las injusticias con las que los seres humanos nos atormentamos unos a otros ... Ninguna herida se le ha pasado por alto, ninguna violencia. El atropello del fuerte contra el débil siempre..." (Nasello). Coincido con ellos pero también pienso que la narrativa de Slodky escapa de estas convenciones, lo que explica asimismo su reedición en un campo literario más espeso y profundo donde los textos del pasado siguen comunicando en el presente.

A estas consideraciones, que adscriben los ya-recien llegados, según las categorías construidas por varios críticos y teóricos de la literatura argentina reciente, a sus dos últimos períodos -aunque acusan precisamente esas simplificaciones excesivas poniendo en evidencia lo que las exce-

de-, puedo agregar algunas percepciones más, debidas a que prefiero pensar la literatura en su potencial de longevidad, de libertad recordante, valorando esas miradas de la inmediatez pero escudriñando más allá de ellas, buscando qué pueden seguir diciendo estos textos cuando su anclaje histórico-político ya no forme parte de la experiencia de sus lectores.

Me interesa, en primer lugar, señalar que las primeras ediciones acompañan el proceso literario en lo que atañe a la genericidad, mientras que las reediciones corroboran la coexistencia de modelos diferentes en la actualidad.

Por un lado, advierto la articulación histórica entre la novela decimonónica, el cuento del siglo XX y la minificción de fines de ese siglo y el XXI. Estas preferencias de género están vinculadas, por supuesto, con transformaciones sociales que conllevan cambios de formas y funciones en la configuración discursiva literaria: la novela fue, durante su apogeo, la expresión de la sociedad burguesa y operó para la reproducción de su orden; el cuento basó su primacía en el proceso de decadencia de la burguesía triunfante del siglo anterior y concretó el proyecto de la ruptura de la mimesis para cuestionar precisamente el orden establecido; el microrrelato abrió la participación de nuevos contingentes sociales y redobló la intención crítica con el fin de transformarnos. Las publicaciones de Slodky se modalizan primero como cuentos en 1992 y luego como minificciones en 2012, concretando los procesos de cambio mencionados y sus concomitancias, la abreviación textual que deja lugar a la ampliación de las estrategias lectoras: sus brevedades nos exigen mucho más esfuerzo interpretativo que sus no brevedades.

Por otro lado, advierto igualmente que tal proceso de articulación histórica que explica las diferencias entre las elecciones formales narrativas, se contraviene en estas reediciones que instalan en la sincronía del presente ambas decisiones y neutralizan, por lo tanto, en alguna medida, tales diferencias. Aunque en libros distintos, la publicación simultánea implícita que los textos de antes de ayer y de ayer superan la inmediatez contextual y hoy valen todavía en la distancia, lo que habilita que, en segundo lugar, leamos ambas colecciones como un único corpus.

Justamente, lo novedoso en esta vuelta, *Resplandores*, parece afianzarse como el eslabón perdido en su historicidad. “Resplendor”, que proviene del latín “resplendor, resplendoris”: ‘brillo intenso y reiterado’, equivale al “Heara” hebreo, la revelación del deseo de Dios a los seres humanos elegidos para que mejoren el mundo, una sensación interna que impulsa a actuar y que proviene de una fuente espiritual superior, “Or” (“luz”).

Este hallazgo del valor de los resplandores en la tradición judía abre una vía de interpretación que pone en escena la noción no dicha, que había quedado sumida en un cono de sombra: según la Cábala, los resplandores –deseos transmitidos– con que el Creador se comunica con los hombres irradian de su luz –esencia del deseo divino– y cada hombre que transmite su sabiduría a otros es una luz, fuente de resplandores, de modo que el conocimiento se incorpora a través de la comprensión lograda por un resplandor intelectual cuya fuente es la luz intelectual, el alma para los sabios de la Cábala.

Si repensamos los textos producidos por David Slodky, podemos establecer

numerosas series de luz y resplandores: la ya mencionada, en el sentido de que lo nuevo en lo viejo constituye un resplandor del presente para la inteligibilidad del pasado; pero también la propia captación en su experiencia de vida, que coloca al autor como receptor de resplandores que provienen de sus ancestros y de sus coetáneos; y su andamiaje para la captación de los otros, que lo ubica como productor de resplandores para quienes sostienen vínculos con él y para los desafortunados que no viven esa feliz experiencia, entre ellos la gran mayoría de los lectores.

Los cinco relatos, más o menos extensos, de *Las fronteras*, que montan las representaciones de ciertos autobiografemas entre la pubertad y la adultez joven, construyen mundos sumidos en la oscuridad, en los que los resplandores ocurren en muy pocas ocasiones, aunque cada ocurrencia adquiera entonces un alto valor.

En el relato inicial homónimo, Daniel “sentía oscuramente que algo se estaba desmoronando” cuando su análisis no estaba superando las limitaciones impuestas por la regla de las edades como había superado la pertenencia de Cristina al mundo oscuro de la prostitución y su condición de goie (61) y “todo ese conjunto de normas [en cuanto a la relación con los menores, la prescripción de vínculos verticales o jerárquicos y la prohibición de los horizontales o entre iguales] la barriada las sabía oscuramente” (67). De allí, de la falta de un resplandor que permitiera cruzar esa frontera insalvable, la inmovilidad y aniquilación del final.

De nada le sirve al alumno de un colegio secundario Jaime Lendem “de golpe, como una explosión, ¡la luz!” (83) en “Cuento adolescente para despertar a una

máquina”, pues esa luz es tan intensa que le hiere los ojos, aunque en “la difusa niebla” siguiente la angustia se morigera con la felicidad de su captación filosófica de la condición humana que lo lleva a su propia ejecución.

En “Gólgota”, Oscar, un joven en edad de servicio militar, comprende su inexplicable comportamiento durante un proceso de iluminación que le recuerda un episodio de su pubertad. Al atisbo que se expresa con el enunciado “una vislumbre hirió sus ojos y por un segundo creyó columbrar una recóndita herida” (99) le sucede la revelación instalada en “la luz que había columbrado hace unos minutos restalló en su cerebro” (113), que se explicita como un proceso de comprensión: “Todo lo vio y todo lo comprendió en esos fugaces momentos” (119). Leemos, entonces, el primer triunfo del ser humano frente a la oscuridad.

Pero los avances que se conquistan con algunos resplandores no impiden los retrocesos y el joven estudiante universitario de “Isul” adivina “la sombra que se movía, metros atrás” (129). El relato insiste en el proceso de autoconocimiento, de búsqueda de identidad que es la constante de todas las variaciones de *Las fronteras*, oponiendo al niño Luis un sujeto cuyo nombre no está fijado y que se ensaya en los cambios de orden de las letras (Isul, Usil, Lisu, Siul...).

“Mañana” anticipa *Resplandores* y *parpadeos* con sus “callejuelas torcidas y tétricas con algunos rayos de luz que se filtraban y a los que evitaba cerrando los ojos” (135). El proyecto se explicita como movimiento de la oscuridad a la luz, anhelada a pesar de los resbalones o sinsabores: “Había rodado por dentro de él tanto como el poeta, pero no pedía a la luz que lo hiriera en castigo.

Iba en busca de la luz. Mañana enfrentaría sus dardos a pecho descubierto. Mañana nacería a la vida” (135), aunque con la conciencia del fracaso que marcan los condicionales y “el grito desgarrador de alguien que no entiende, que nunca entendió, que nunca entenderá” (137-138), así que “Mañana será nada” (138). De modo que el cierre del relato final de *Las fronteras* clausura el intento, el mismo que sin embargo revive en *Parpadeos* y se redimensiona en *Resplandores* y *parpadeos*.

Resplandores abre con un texto muy significativo, “Encuentro”, al que le sucede un viaje desde “Resplandor” hasta “La sombra”. El microcuento inicial resulta un metatexto del conjunto siguiente que se transfiere a toda su producción y a la literatura misma en tanto usa los privilegios de la ficción para cambiar el mundo, en el mismo sentido en que Or y Hearsa impulsan cambios que mejoran el reino de Dios: postula como real el encuentro imposible entre Juan Ramón Jiménez y Georgina Hübner, encuentro que caracteriza con el enunciado “Y un sol lo deslumbró” (13-14).

Los cuarenta y un microrrelatos que le siguen constituyen una unidad que propone el encuentro entre el autor y los lectores con la expectativa de que la lectura trabaje en esa misma iluminación. Si bien estos textos no se ordenan en una temporalidad cronológica como los de *Las fronteras*, podemos reordenarlos en sus correspondencias con los estadios de la vida humana entre el primero, “Resplandor” precisamente, que nos instala en la adultez madura, el atardecer de la vida, hasta el último, “La sombra”, que nos vuelve a un Daniel púber.

De modo que, en la progresión textual, reflexionan retrospectivamente sobre

nuestra condición y no puedo dejar de llamar la atención acerca de que, entre estas representaciones, no es la violencia la predominante sino que ella alterna con el amor, ambas experiencias analizadas en el espacio privado de las vinculaciones intersubjetivas íntimas, familiares y amistosas. Sucesivamente, nos percatamos de las sanciones positivas y las negativas respecto de las situaciones humanas de ese orden: en los resplandores de las primeras, comprendemos las facetas del amor en general –conyugal, filial, fraternal, amical– que nos brinda felicidad y nos guarda ante nuestros más grandes miedos, la enfermedad y la muerte; y, en los de las segundas, las de la agresión en el seno de esos mismos vínculos, que nos asalta casi imperceptiblemente sobre la base de las estructuras sociales del patriarcado y nos alarma cuando llega a los extremos de la discriminación y del abuso.

Parpadeos, en sus treinta y un minificiones, presupone ciertos resplandores. El parpadeo de los ojos cumple una doble función: mantiene hidratada la superficie ocular distribuyendo la lágrima y la protege evitando la luz intensa de un repentino resplandor o los objetos que se aproximan y pueden dañar el sistema visual, y desactivando algunas áreas cerebrales como un descanso para prestar mayor atención cuando volvemos a mirar. Pero, además, recientes investigaciones le atribuyen importancia en el marco de una conversación pues funciona en forma similar al cabeceo en un encuentro cara a cara: los parpadeos más largos o lentos constituyen un gesto facial que comunica haber comprendido. Estas observaciones permiten interpretar tanto la organización del libro en sus dos grandes apartados como los textos del se-

gundo, donde no hay referencia a los resplandores del primer apartado sino a ciertos resplandores que nos hacen parpadear de tan intensos pero que con el transcurso de la vida hemos ido comprendiendo.

En efecto, entre “Mixtura”, el microrrelato que abre Parpadeos situándonos en el hogar de la infancia, y “Stop”, el que lo cierra con la inminencia de la muerte, Slodky nos despliega el entre humano: de nuevo interrogan los textos sobre los vínculos intersubjetivos íntimos, familiares y amistosos, fundamentalmente, y de nuevo, insisto, no corroboro que la violencia sea el núcleo narrativo predominante sino que el sentido se distribuye en forma bastante equilibrada entre microcuentos oscuros y luminosos. Los oscuros abarcan desde situaciones de agresión naturalizada en el espacio doméstico por el contexto patriarcal hasta extremos inconcebibles que ocurren tanto en el espacio doméstico como en el público: pederastia, violación, incesto, asesinato y suicidio. Los luminosos, si bien no nos hacen mirarnos en situaciones de felicidad radiante como en Resplandores, nos devuelven la paz de que al fin comprendemos a los impostores del éxito y del fracaso puesto que a nuestra condición de seres humanos le son inherentes los claroscuros: todos y cada uno de nosotros afrontamos las simas y cimas del deseo y la repulsión, de la ilusión y la realidad, de la vida y de la muerte.

Creo que David Slodky ha logrado lo que se ha propuesto: en sus textos –resplandores de su luz– nos hemos encontrado, aunque seguramente, como ocurre con todos los maestros y todos los discípulos, con algunas opacidades por nuestra imprevisible libertad, por nuestra posible abstención o indiferencia y por nuestra

posible expectación ante las atractivas conexiones y las imposiciones indeseadas, porque cuando nos miramos en sus textos hallamos siempre esos claros y oscuros y la pretensión del autor de modificar lo preexistente o de impedir un cambio previsible, lo que necesariamente nos transforma si asumimos el compromiso.

En definitiva, los ya-recien llegados nos orientan al autoconocimiento en la genealogía de sujetos que no ignoran su mortalidad. Nos auto-re-presentan en las continuidades y las discontinuidades, como portadores de un nombre y una historia singular en la historicidad de una región y

de un país, de la que somos depositarios y transmisores, pero como exiliados también y, por lo tanto, modificadores de lo que hemos heredado e instauradores de diferencias con lo precedente aunque en esa libertad recordante abandonemos el pasado para mejor reencontrarlo.



Elda Mariana Campos
Salta, 06/04/2019